

voluntad para ir à Dios, que la que el mismo Dios te señala para que vayas à él. Si tu te eligieres el camino, aun quando piéses que te lleba à la mayor perfeccion, te hallarás burlado de tu ceguedad, y en lo que te pareciere llanura, encontrarás tropiezos, pantanos, y precipicios. Dexate hermano guiar como ciego de la obediencia, que es lince, y ella te pondrá en el Cielo, que tiene muy andado su camino. Quando el buey es manso, y dà con rendimiento la cerviz al yugo, la labor se luzen en abundancia de frutos: pero si rebelde se niega à los laços de la coyunda, irrita al dueño, y haze poca, y mala hacienda. Digote de verdad, que si vn hombre llegasse à ser tã feliz, que mereciessse hablar, y tratar familiarmente con los Angeles; y estando con ellos los dexara por acudir al mandato de su Prelado, les diera complacencia con su obediente puntualidad; y si en esta faltasse en vn leve punto, mereceria su reprehension, y su desprecio.

Quando la fatal cayda de Fray Elias le mereció por inobediencia, y obstinado, que fulminasse contra él el Sumo Pontifice el rayo formidable de las censuras, hizo Fr. Gil estrañas demonstraciones de sentimiento, y dolor; arrojose en el suelo boca abaxo, comprimiendose con él, como si quisiera sepultarse en el centro de la tierra. Preguntaronle, que por que hazia tales extremos? Quisiera, respodió, en todo lo que fuesse posible, sepultarme en el abismo de mi nada: O Señor, dezia, levantando la voz, y los ojos al Cielo, si los hombres acabassen de conocer el daño irreparable, que se les sigue de los apegos à su propia voluntad, y juicio! Estos son los que han ocasionado en Fray Elias tan escandalosa cayda, porque presumptuoso, y enamorado de su dictamen proprio, siguió los antojos de su voluntad.

Fue capital enemigo de la ociosidad,

madrastra cruel de las virtudes, y en cuyo regazo se alimentan, y regalan, como partos legitimos suyos los vicios. En seis años que estuvo en Roma, tenia dispuesto el orden de su vida así. Lo mas de la noche velaba en Oracion, al amanecer oia Missa, y salia cerca de legua, y media à vn Monte à cortar leña, que traia sobre sus ombros, y en la Plaza la daba, à quien le diessse vn pedazo de pan por precio de su trabajo. Vna muger, que estava muy edificada de su humildad, le daba vna vez por la leña algunas viandas de regalo, y de mas precio, que lo que merecia: pero no pudo acabar con él, que las tomasse, por no hazerse, como él dezia, reo de injusto, ò avariento. No avia ocupacion tan mecanica, ni despreciada, à que no se aplicasse, como fuesse honesta. En tiempo de vendimias pisaba en los lagares; en la cosecha de las azeytunas se iba à varear olivas, y de todo su afan tomaba por paga la comida sola, y essa muy escasa. Vna vez estuvo todo el dia cogiendo nuezes, y ofreciendole en dineros el justo precio de su trabajo, no los quiso tomar; el labrador no hallandose con otro medio, le pagò el jornal en nuezes. No renia en que llevarlas, y quitòse el habito, y arandole por las bocas de el cuello, y mangas, hizo como vn costal, y con él al ombro, casi desnudo se entrò en la Ciudad, y combidò à los pobres à sus nuezes, gustoso de tener algo que darles ganado con el sudor de su frente.

En el Monasterio de los quatro Coronados servia à los Monges, portandole sobre sus ombros el agua de la fuente de San Sixto, distante de allí vna milla. Vn dia vn hombre, que estava à la puerta de su casa, pidiò le diessse à beber de su cantaro, y Fr. Gil dixo: no puedo darte del agua que llevo para los Mòges, perdona por amor de Dios. Ofendiòse el hombre de la repulsa, y

tra-

tratòle muy mal de palabra, y obra, de que no se diò por sentido, tolerando sus injurias con admirable paciencia. Dexò el agua en el Convento, y con otro cantaro bolviò à la fuente de San Sixto, y lleno se le llevò à su casa al hombre, que le avia injuriado, pidiendole perdon de su enojo, y dixole: Hermano, el otro cantaro estava dedicado para los Sacerdotes de Dios, y no era decencia darles agua, que huviesse tocado à otros labios: De este cantaro puedes beber à toda satisfacion, que no tiene inconveniente. Quedò edificado el hombre de la humildad del siervo de Dios, y arrepentido pidiò perdon del arrebatamiento de su colera.

CAPITULO VI.

Heroica pobreza Evangelica de el Santo Fr. Gil.

EL zelo de la santa pobreza fue en Fr. Gil ardentissimo; por lo qual, si delo que ganaba con el sudor de su rostro le sobraba algo, lo repartia al punto con los pobres, recelando de la detencion, como si fuera hurto. Para que desahogasse los fervores, con que amaba esta virtud, permitiò muchas vezes el Señor, que le faltasse lo necessario, reduciendole à tal penuria, que era forçoso el recurso à algun milagro. Vn dia fatigado, tanto del cansancio del exercicio, como de las apreturas de la hambre, viendose fuera de poblado, se rindiò al sueño, y quando despertò, hallò à la cabecera vn medio pan muy blanco, y tierno, socorro que solo pudo hazerle en aquella soledad, y en tal aprieto, vna milagrosa providencia.

Moraba vn tiempo en el retiro de vn Monte, cerca del Castillo Dirutenese, con otros Compañeros, en vna Hermita, cuya advocacion es de San Laurencio. Nevò tres dias continuos, y se

Parte I.

cerraron las sendas, con la mucha nieve, de fuerte, que no podian salir à buscar el preciso sustento, faltandoles del todo la provision. En este conflicto recurriò Fr. Gil à la Oracion, y el Señor moviò interiormente al Castellano de aquella fortaleza, para que embiasse vn criado suyo practico en la Montaña, con provision à la Hermita, rezelofo de que acaò en ella por el rigor de las nieves se huviesse recogido algun passagero. No sabia el Castellano, que huviesse en la Hermita gente alguna, y quando bolviò el criado diziendo, que hallò puestos en extrema necesidad tres Frayles Menores, y que el vno era Fr. Gil, muy conocido por la fama de su santidad, se quedò el hombre pasmado, viendo quan atenta assiste à sus confidentes la providencia del Altissimo.

Por mas que se ocultaba con capa de desprecios, se dexaban ver las luzes de su santidad, y hallaban merecida estimacion. Vn Cardenal, y Obispo Tufulano, hizo gran aprecio de sus virtudes, y valiendose de su autoridad, negociò con los Prelados, que asistiesse Fr. Gil à su casa, y comiesse à su mesa, por el consuelo, que en su comunicacion sentia su espiritu. En mucho tiempo, que fue su conmenal, no pudo negociar con él, que no comiesse de los mendrugos, y limosnas, que por el trabajo suyo le ofrecian los interesados. Deziale el Cardenal, que si quiera por hazerle gusto comiesse del pan, que para otros pobres se repartia en su casa; y respondiale el siervo de Dios con las palabras de David: que el comer del trabajo de sus manos era linage de bienaventurança, con que le iba muy bien. Sucediò, que por estar el tiempo muy metido en agua, y no poder salir Fray Gil de la casa del Cardenal à solicitar, como solia, el sustento à costa de su trabajo; le dixo muy alegre su huésped: A se, à se Fray Gil, que oy no

Ddd

pue-

puedes esca parte de comer el pan de mi mesa: sonriose el Santo, porque ya tenia meditado modo de ganar su comida, sin salir de casa, y no le respondió palabra. Baxose à la cozina, y mirando à vna, y otra parte, dixo al Cocinero: Es posible, que tégas paciencia para ver esto tan sucio, y desaliñado? Tengo, respondió, otras muchas cosas en que entender, y no tengo quien lo limpie. Pues si tu gustas, replicò Fr. Gil, como me des pan para comer oy, yo te pondré la cozina como vn oro. Ofreciòle pan de buena gana, y el tomò la escoba, y se ocupò en barrer, y fregar todo lo menos limpio. Acabada su tarea, recibió en pan su estipendio, y con el se sentò à la mesa, dexando admirado al Cardenal de la tenacidad de su santo proposito. Prosiguieron las lluvias el dia siguiente, y con ellas el no poder salir de casa à buscar en que trabajar para comer. Ya le pareció al Cardenal, que le tenia estrechado, y cogido por hambre, y dixole: Ya la cozina esta limpia, y el Cocinero avisado, oy por lo menos comerás de valde el pan de mi mesa: pero saliòle falida su esperança, porque Fr. Gil en las cavallerizas tuvo muy bien q̄ limpiar, y quien se lo agradeciese. Diòse por vencido el piadoso Principe à la devota porfia de su huésped, y cediò al gusto, por no embarazar los fervores de su espíritu.

Dos fines principales tenia en su porfiada ocupacion; el vno era rendir al cuerpo con el continuo trabajo, temiendose de los insultos de sus brutales pasiones: el otro era humillarse en la vileza de tan baxos exercicios para evitar la estimaciò, à que tanto anhela el amor proprio. Hablado de los ociosos, solia dezir: porque no hazeis lo q̄ sabeis hazer, dàis lugar con vuestra ociosidad à que os ocupe la tentacion, y hallandoos mano sobre mano os rinda por indefensos. Si hizieredes lo bueno, que sabeis hazer, vendreis à conse-

guir lo bueno, q̄ aun no sabeis desear. Hablar del bien, y no obrarle, es ociosidad tan pernicioso, como impertinente, porque no suelè distar entre si menos obras, y palabras, q̄ Cielos, y tierra. Sea el hombre antes Maestro de si mesmo, si quiere lograr en los demàs su Magisterio: porq̄ que le importará hazer con sus palabras secundo de frutos à los otros, si el se queda sin obrar, estéril. Quien quisiere saber mucho, obre mucho, y humille su cabeça, porque no ay mas eloquente Predicador, q̄ la humildad, y el exemplo. Otras vezes dezia, sintiendo la relaxada tibieza de los Predicadores: oveja que mucho vala, poco engorda; la que calla, y paze, es la que medra. Las virtudes mejor es executarlas, que dezirlas; ay de los Predicadores, que se contentan con ser solo arcaduzes, debiendo ser fuentes. Hablando vna vez cò vn Predicador, que era en el obrar tibio, y en el predicar fervoroso, oyò acaso las voces de vn Padre de Familias, que reprehendia à vnos jornaleros, q̄ parlaban mucho, y les dezia: ola hermanos, ola, punto en boca, y manos à la labor; con esta ocasiò, pues, le dixo al Predicador: no oyes à aquel labrador? Pues con todos habla, quando dize: mas obras, y menos palabras. Què importará hermano, q̄ tuviesse vn hombre por fuya la tierra mas pingue del mudo, y para sembrar la tuviesse la mas escogida simiente, si ni la tierra le debiere à su trabajo vn surco, ni à su cuidado vn grano? Atengome yo al q̄ tuviere vna pequeña hazienda, si con cuidado la cultiva, y à su tiempo la siembra: Este de su poco para si, y para los otros cogerà mucho frutos; pero aquel, aunque tenga por fuyo todo el campo perecerà de hambre. Mucho saber para dezir, y no para obrar, hermano Predicador, es nube de Verano, ayre, aguazeros, truenos, y relámpagos, todo ruido, y todo nada, y si dexa de si algo, es algùn destrozo, ò escádalo.

CA-

CAPITULO VII.

Maximas admirables de Fr. Gil para conservar el tesoro de la castidad.

EN puntos de castidad fue este Varon Apostolico purissimo à toda costa de mortificaciones, doblando las guardas para conservar intacto este precioso tesoro. Su abstinencia era muy rigurosa; tomaba vna sola refeccion al dia al ponerse el Sol, y siempre muy escafa: obrando cò tan extremada austeridad por debilitar las fuerças de la carne, y conservarse puro de las inmundicias de la sensualidad. Nuestra carne, dezia, es el adalid de nuestro enemigo el demonio, mas confia este de la natural flaqueza de la carne, q̄ de las fuerças, y ardides de su malicia. Como era en esta virtud tan extremado, le còsultaban los Frayles para el remedio de sus tentaciones; y dixole à vno de estos consultantes: Hermano, el q̄ huviere de mover, y llevar à alguna parte vna piedra muy pesada, mas debe fiar de su ingenio, y de su industria, q̄ de su pujanza, y à este modo el còbate de la castidad mas quiere maña, que fuerça. Todos los vicios ofenden à la pureza de la castidad; y es vn espejo tã cristalino, y terso, que el mas leve aliento le empañar; sin castidad no ay virtudes, ò si las ay, son tan feas, y desaliñadas, que bastardean de su natural hermosura: pero à la belleza de la castidad contribuyen todas las virtudes. Nuestra carne es vn enemigo, con quien son las treguas peligrosas, aun quando parece que esta rendida, se ha de castigar como rebelde; y quien domare su fiereza alcançarà de todos los enemigos la victoria. Yo en este sentir estoy, que la castidad perfecta es vn tanto monta de todos los bienes, y virtudes. Replicòle el Frayle: pues por ventura no es mas perfecta la caridad? Respondiòle

Parte I.

Fr. Gil, pues; y dime hermano, què cosa ay mas pura, ni mas casta, que la caridad perfecta?

Como predicaba frequentemente de las excelencias de la castidad, le dixo vna vez vn hombre casado con grã satisfacion: Yo Padre vivo contentissimo, porque ni conozco, ni deseo conocer muger ninguna, que no sea la propria. Y parecete, le dixo el Santo, que tienes con esso todo lo que es necesario para ser casto? Pues te engañas, que no son muy pocos los que se embriagan con el vino de sus cubas.

Acudian à el muchos en las tribulaciones q̄ padecian por este casto enemigo de la carne, y vno que se viò demasia amete oprimido de sugestiones, y torpes movimientos, deseaba mucho verse con Fr. Gil, en cuyos consejos, y Oraciones libraba la seguridad de su peligro. No podia esto ser, porq̄ estaba ausente, y muy lexos de alli. Cò este deseo el afligido Frayle se rindiò vna noche al sueño, en el qual se le apareció Fr. Gil, y con el comunicò su trabajo con grande confianza. El Santo para su remedio le dixo: Dime hermano, si vn perro rabioso embistiera à morderte, y despedaçarte, q̄ hizieras? Què? Le respondió, tirarle piedras, ò darle con vn palo. Pues así debes portarte en la tentacion con tu carne; no la regales, y no tengas della mas compassion, que tuvieras de vn perro rabioso. Dicho esto se desapareció; despertò el Frayle muy animoso, consolado, y libre por entonces de la tentacion, y avisado para despues còla parabola del perro, y el palo.

Otro Frayle vn dia se llegó à Fr. Gil muy alegre, y gozoso, diciendo: como avia burlado los lazos de vna tentaciò de lascivia, en que le avia puesto el comun enemigo. Como le viò tã alegre, y jactancioso de la victoria, le preguntò: y como, como ha sido esse combate, de q̄ saliste tan ayroso? Como? respondió: Porque yo venia por la calle des-

Ddd 2

cuy-